

GIMNASIA POLÍTICA.

(ARTÍCULO LIGERO... Y CARO.)

(1881)

Sin duda por aquello de que «bajo una mala capa suele haber un buen bebedor», sucede á veces que una idea feliz se le ocurre al más desgraciado del mundo.

Yo no sé si el antiguo barricadero Manolo, hoy Exceletísimo señor don Manuel y ex-ministro, tiene mala capa, y el que sea ó no buen bebedor no es ahora del caso; lo único que importa consignar es que la idea de pedir que se enseñe en todas las escuelas de primeras letras gimnasia á los niños, constituye lo que se llama una verdadera ocurrencia.

No es nueva, eso no; porque en las Cortes pasadas ya pidió lo mismo; sólo que entonces pidió gimnasia para los adolescentes de los institutos, y este año, figurándose sin duda que los adolescentes de los institutos están ya demasiado talludos para aprender á dar el salto de la trucha y el salto mortal, ha pedido gimnasia para los párvulos.

Y ha hecho muy bien.

El que ha de ser Rey, dice el proverbio, desde niño le llaman infante, y el que ha de ser liberal desde niño ha de aprender gimnasia.

La petición, sin embargo, no es completa; y es lástima que el autor, acaso por modestia, se haya quedado á medio camino.

Bueno que á los niños se les obligue á aprender gimnasia desde tiernos; pero esta obligación no es por sí bastante para sacar liberales en toda regla, sin la obligación completamentaria de no aprender la doctrina.

Al oficial establecimiento del trapecio debe acompañar la supresión, no menos oficial, del Catecismo; porque es cosa bastante averiguada que, para dar ciertos saltos, estorba.

Y para muchas cosas más. Por ejemplo, para aplaudir comedias malas.

Por eso el autor de las peores que se conocen hasta ahora, le prohibió, cuando fué ministro, adivinando que le había de estorbar con el tiempo (1).

Es verdad que cuando estorba, con olvidarle se sale del paso; pero por más que sea, siempre es mejor y más seguro no haberle aprendido.

Ahora, volviendo á la gimnasia... ¡Oh! Si los políticos de la generación actual hubieran

(1) Se aludía al señor Echegaray.

aprendido gimnasia desde chiquitines, otro gallo le cantara al país.

El gallo de Morón indudablemente.

El mismo don Manuel, abogado parlamentario de la gimnasia en esta legislatura y en la otra, que no ha saltado más que una vez de la república á la monarquía en 1868 y otra vez de la monarquía á la república en 1873, y otra vez de la república á la monarquía (si no ha saltado está para saltar) en 1881 (1), todo ello ó la mayor parte, con la cartera debajo del brazo, ¿qué no hubiera hecho y qué saltos no hubiera dado si el maestro de su lugar le hubiere enseñado gimnasia de pequeño?

¡Lo que nos habremos perdido!

Pues ¿y el señor Moret? ¿Qué hubiera hecho don Segismundo, esa especie de saltamontes político, que á pesar de su natural aptitud y su decidida afición, no ha saltado en su vida más que de una secretaría de las conferencias de San Vicente á la subsecretaría de un ministerio en una situación revolucionaria; de la subsecretaría á la poltrona; del gobierno de la revolución á la monarquía de Amadeo; de la monarquía á la república, cuando la monarquía se acabó, y de la república otra vez á la monarquía, cuando se acabó la república, estando ahora como quien

(1) Saltó efectivamente, y volvió á ser ministro.

dice tomando carrera para volver á saltar á la república si la monarquía se acabase: ¿qué hubiera hecho, digo, si desde niño le hubieran enseñado gimnasia?

¿Y el jefe de los centralistas? No ha dado más saltos que uno desde galán joven del Liceo de su patria á ministro joven de Fomento, con el ilustre granatulense, doctor en ambas majaderías, ó mejor dicho, en todas; otro salto de progresista á unionista, ó como si dijéramos de Espartero á O'Donell; otro ídem de O'Donell á Narváez; otro ídem de Narváez á la revolución; otro ídem de Amadeo á la república interina del 74, que él no quiere que fuera república, sino *respública*, y otro ídem de la *respública* ó república, ó lo que fuere, á la monarquía progresista de Sagasta, haciendo pie en el grupito del reló, y dando la hora en el Ministerio de Gracia y Justicia.

Pues ahora díganme ustedes; si esta criatura, sólo de afición, ha saltado así, ¿qué hiciera si le hubieran enseñado la gimnasia en la escuela de párvulos, ó siquiera, siquiera en el instituto de segunda enseñanza? Piadosamente pensando puede suponerse que del primer salto se hubiera plantado en el Brasil. Lo cual hubiera sido una ganga.

Y ¿qué me dicen ustedes de don Francisco Romero y otras flores, jefe militar inmediato de los conservadores bravíos, el cual sin saber

leer ni escribir, como dijo el otro, y digo yo también, saltó de la Secretaría del Congreso de doña Isabel á la de la Junta revolucionaria que destronó á doña Isabel, escribió con carbón en las paredes de la Aduana, no se sabe bien si de su propia mano ó de la de su profeta Felipe Ducazcal, aquello de *cayó para siempre la... (puntos) raza de los Borbones justo castigo á su... etc.*, y después de haber saltado por varias subsecretarías y ministerios de don Amadeo de Saboya vino á ser el alma del primer ministerio del primer Borbón que volvió á esta tierra, hijo de aquella misma doña Isabel destronada?

¿Me quieren ustedes decir lo que hubiera sido este muchacho en el arte de los volteos, si le hubiera estudiado de joven, al mismo tiempo que estudiaba, digo, que no estudiaba leyes ni ninguna otra cosa?

Y con esto paréceme que va bien demostrada la necesidad de enseñar gimnasia á los pequeñuelos, proclamada en el Congreso por un diputado de varias democracias.

Pero á mayor abundamiento, y á fin de que pueda utilizarlos cualquiera que tenga humor para escribir la interesantísima historia del arte de saltar, ahí van otros pocos de apuntes.

El marqués de Molins, sin que se sepa que aprendiera la gimnasia cuando el Kristus, hizo ya paralelas progresistas en el café de la Fontana de Oro; saltó luego en el trapecio

moderado y alcanzó una cartera; después se hizo el muerto, y cuando menos lo esperaba el público, comenzó de nuevo á columpiarse y ¡zás! se agarró de un talón de O'Donnell que trabajaba en la unión liberal, ya en el final de la función, en el número denominado *Reconocimiento del reino de Italia*, y con el apoyo adquirido en aquel talón dió tan gran salto que fué á caer (de pie, por supuesto) en mitad de la embajada de Inglaterra; lo cual no le impidió, sino al contrario, le fortaleció para volver á saltar al continente moderado y conservador, colgarse de la embajada de París, y hacer allí dudosos primores bien cobrados, sin perjuicio de saltar de la embajada al ministerio y volver á saltar del ministerio á la embajada, dejando á todos los espectadores con un palmo de boca abierta.

El señor Elduayen, que antes era don José Elduayen nada más, y ahora es, además de Elduayen, Gorriti y Alcatarena y Garrayóa y Arangoa y marqués primero del Pazo de la Merced, como tampoco se sabe que estudiara gimnasia desde niño, no ha podido saltar más que de alto funcionario de doña Isabel á ministro de don Amadeo, y de ministro de don Amadeo á ministro del hijo de doña Isabel.

El señor don José Posada y Herrera, tampoco ha saltado más que de seminarista á progresista; de la tertulia íntima de Espartero al ministerio de la Gobernación de O'Do-

nell; de ministro de la unión liberal, después de hacer unas planchas de revolucionario platónico, saltó á la presidencia de las Cortes conservadoras de Cánovas; de Presidente de las Cortes conservadoras de Cánovas, á Presidente del Consejo de Estado (por lo que pudiera tronar), y de allí á Presidente de las Cortes progresistas.

Pues si éste hubiera estudiado gimnasia en la escuela de Llanes... me río yo y nos reiríamos todos de Blondín.

Don Antonio Cánovas, también ha saltado bastante, pero menudito: el conjunto de todos sus saltos, ora hacia adelante, ora hacia atrás, forma un gran salto, mortal ó poco menos, que va, ó mejor dicho, viene desde el manifiesto miliciano de Manzanares hasta la mismísima *constitución interna*.

Y, por último, ahí está don Emilio Castelar, que, saltando de la libertad á la tiranía, de la demagogia á la reacción, de la paz á la guerra, de la república federal á la dictadura, y del sufragio universal á la artillería, también universal, ha recorrido el Cosmos de punta á cabo.

Démosele á este artículo de *Gimnasia política*, pero no sin añadir aunque sea por vía de corolario dos palabras.

Que es ligero el artículo como decía yo antes de comenzar, ya lo habrá visto el lector indulgente.

Para demostrar su carura baste apuntar que todos esos señores y otros muchísimos, cuyos nombres no cabrían en media legua de papel continuo, nos cuestan al año por lo menos treinta mil reales cada uno.

A parte de los muchos miles de duros que nos han costado hasta ponerlos en posición de podernos costar ahora todo eso.

¿Les parece á ustedes barato?

BUÑUELOS... LITERARIOS.

(ARTÍCULO QUE AHUMA.)

(1881)

No es cuestión más que de echar á perder un rato.

Lo demás, ya se sabe; en metiéndose uno por la *crónica* de los martes de *El Indiferente*, caza segura.

Tan segura como en *El Tiempo* y en la eternidad; es decir, en *La Correspondencia*.

Por ahora hace un año, ó dos, lo mismo da, que el encargado del departamento de la gracia semanal del aludido periódico, se metió á astrónomo.

Nada; cogió los chismes y descubrió en seguida una nueva constelación. La del buñuelo.

«El buñuelo—salíó diciendo el directoor literario de *El Indiferente*—el buñuelo es la constelación (!) que preside á la noche de difuntos».

¡El buñuelo... una constelación!

¡Ave María Purísima, qué disparate!

No le hemos podido olvidar todavía con ser

tantos y tan respetables los que desde entonces han salido á hacerle competencia.

Así es que anteayer no pudimos menos de acudir otra vez á la hoja de *los martes* para celebrar el aniversario.

La crónica era del propio cosechero, y decía:

«Los días se siguen y se parecen unos á otros.»
«*Plus ça change, plus c'est la même chose.*» «En francés y en castellano, ambos aforismos pintan la monotonía de la eternidad.....»

En efecto, eso no es un aforismo castellano, sino una cosa de *El Indiferente* de *los martes*, lo cual no es lo mismo.

Mas sin ser aforismo castellano puede ser verdad, y lo es en efecto.

«Los días se siguen y se parecen unos á otros.»

¡Dios mío! ¿Qué nuevo disparate traerá en este día *El Indiferente*, que siga y se parezca al del año pasado?

Sigamos escuchando el canto de esta cigarra literaria que suele hacer versos... sin querer; porque cuando quiere, no los hace.

«En francés y en castellano
ambos aforismos pintan
la monotonía de.....
la eternidad..... El minuto

engendra el minuto. El aburrimiento de hoy engendra el aburrimiento de mañana», y así sucesivamente.

Habla luego, no se sabe por qué, de la Revolución francesa, y dice:

«Pasemos con lástima sobre el desdén del retrógrado hacia la Revolución francesa (¡Olé, liberal!), pero consignemos que es abrumadora la *misión* del cronista, condenado á poner en distintas músicas el mismo hecho.

» *Verbigracia*, el día de difuntos.»

Tiene usted razón, pero no olvide usted que, como decía don Hermógenes, todo es relativo.

Será muy abrumadora la *misión* del cronista, pero ha de convenir usted en que es mucho más abrumadora la *misión* del lector de la crónica.

Sobre todo cuando el cronista da en descubrir constelaciones.

Valor y adelante.

«Al acercarse el tercer día de difuntos, el cronista tiembla.»

Perdone usted, pero mejor podrían temblar los lectores; y mejor todavía la gramática. Aparte de la novedad esa del *tercer día* de difuntos.

«No es el día de difuntos: es el día de mi entierro, pienso. ¿Qué hacer de la pluma?....»

Pues mire usted, lo mejor que podría usted hacer de ella, sería quebrarla, ó ponerla en el sombrero si es de pavo (la pluma); pero lo mismo puede usted hacer con ella

cualquier otra cosa, un buñuelo si á mano viene, y en último caso, aunque no venga. Siga usted.

«¿Qué hacer de la pluma? ¿Empaparla (¿?) en el acerbo licor de la sátira? ¿Humedecerla en las tristes lágrimas del poeta elegiaco de buena voluntad? ¿Enseñar á las gentes el rostro lacrimoso de un hombre desengañado ó los dientes agudos de un lobo?»

Pero hombre, por Dios, ¿de dónde ha sacado usted ese lobo?

De la historia natural ó de la casa de fieras del Retiro... me lo figuro; pero, bien, y ¿qué tenía ese lobo que hacer aquí? ¿Para qué le ha sacado usted? Vamos á ver.

Mire usted, señor del buñuelo, que nos vamos á quejar á don Venancio ó al conde de Xiquena ó al señor Abascal, ó á quien mejor proceda en derecho, para que no dejen sacar así los lobos de los establecimientos públicos á cualquiera.

Si usted quiere un lobo para las ocasiones, cómprelo usted y manténgale usted, que los de la casa de fieras los mantiene el Ayuntamiento, ó hace que los mantiene, que casi es igual, por más que para los lobos no sea lo mismo. Pero, en fin, si los lobos de la casa de fieras comen poco, y á lo mejor se mueren, eso no es cuenta para los literatos.

Quedábamos en el lobo; es decir, en que usted no debía de haber sacado ese lobo, que

no hacía maldita la falta en la constelación, y que además es capaz de comérsela, porque los lobos también son capaces de comer buñuelos cuando tienen mucha hambre. Y continúa usted:

«Es costumbre; el hombre va al cementerio en este día.»

¿Y el lobo? le volvemos á usted á preguntar. ¿Y el lobo? Si el hombre es el que va al cementerio en este día, ¿para qué quería usted el lobo, si se puede saber?... ¡Ca! No se puede saber.

Ahora en verso (sin querer, ya se sabe):

«Una libra de cera,
una gota de llanto,
son los gastos *precisos*
del presupuesto humano.

»La libra de cera arde ante la tumba, evapora su olor acre, gotea sus lágrimas calientes....

»Una peseta consumo,
se alquilan velas por horas
como los coches de punto.

»Después de arder la vela en el cementerio se vuelve á la cerería.....»

¿Han visto ustedes nada más gracioso ó interesante? Pues ahora lo verán ustedes; porque en estas crónicas se camina siempre de gracia en gracia, como si dijéramos, de tropiezo en tropiezo. Allá va la gracia siguiente:

«En cuanto á la gota de llanto, la química ha

dicho que es una unidad de agua, una de sal y no sé cuantas unidades de prosa.»

Pero ¿de dónde diablos sacará este hombre todos estos chistes? ¡Cuidado que hay para desternillarse de risa! ¿no es verdad?

Pues todavía falta lo mejor.

«Un lector: ¿Conque la lágrima tiene sal?... será la lágrima de Andalucía.»

Puede ser que sea; no nos opondremos: lo único que se sabe de fijo es que no puede ser la lágrima de usted.

¡Soso, más que soso!

Sigamos paseando por esta exposición de gracias. Otra del mismo estante:

«Zorrilla ha contado desde estas columnas cómo escribió *Don Juan Tenorio*. Esa hermosa obra, la mejor de nuestro teatro romántico, no es comprendida por esta correcta generación de jóvenes ateneistas que se preguntan:—Pero cómo á este hombre que comete tantos crímenes, ¿cómo no se lo llevan al Saladero?»

¿Es ahora lo de reir? Porque casi no se conoce.

Y la verdad es que los jóvenes ateneistas por punto general saben muy poco, lo cual se demuestra fácilmente con decir que es de allá el autor de esa crónica; pero aún sabiendo tan poco como saben, ó precisamente porque saben poco, no son inclinados á clamar porque se lleve gente á la cárcel. Al revés; los más son partidarios de que no la haya.

Y vea una cosa el cronista: si el ser gracioso fuera delito, nadie como él se podría pasear con tranquilidad por el mundo.

Y vea otra cosa: siempre que escriba un artículo con gracias todas de su cosecha, es decir, todas de la calidad de las que hemos saboreado, el hará lo que quiera, pero no haría mal en poner entre paréntesis á lo último: *La gracia en el artículo siguiente.*

NOTA.—No digan ustedes por ahí que hemos leído á medias una crónica de *El Indiferente*, más sosa que una calabaza, y con más disparates que letras; ó de decirlo, no lo digan ustedes muy alto.

Que no lo oigan los trescientos ó cuatrocientos descreídos de toda España que leen *El Indiferente*, porque fomenta su descreimiento.

Y principalmente que no lo oigan los veinte mil católicos á su manera que leen ese diario, no porque estén conformes con sus ideas, sino porque *es un periódico muy bien escrito.*